

LA CRISIS FINANCIERA

PLANTEAMIENTOS ALTERNATIVOS DE DESARROLLO*

Francois Houtart¹

El mundo necesita alternativas y no simplemente regulaciones. No basta readecuar un sistema, hay que transformarlo. Es un deber moral, y para comprenderlo, adoptar el punto de vista de las víctimas permite a la vez hacer una constatación y expresar una convicción; la constatación que el conjunto de las crisis, financiera, alimentaria, energética, hídrica, climática, social, responden a una causa común, y la convicción que podemos transformar el curso de la historia.

La constatación

Cuando 850 millones de seres humanos viven bajo el umbral de la pobreza y su número aumenta, cuando cada veinticuatro horas decenas de miles de personas mueren de hambre, cuando desaparecen día tras día etnias, formas de vida, culturas, poniendo en peligro el patrimonio de la humanidad, cuando el clima se

deteriora y nos preguntamos si todavía vale la pena vivir en Nueva Orleans, en el Sahel, en las Islas del Pacífico, en Asia central o al borde de los océanos, no podemos contentarnos solamente a hablar de crisis financiera.

Ya las consecuencias sociales de esta última crisis son resentidas mucho más allá de las fronteras de su propio origen: desempleo, carestía de la vida, exclusión de los más pobres, vulnerabilidad de las clases medias y prolongación en el tiempo de la lista de víctimas. Seamos claros, no se trata únicamente de un accidente en el recorrido o de abusos cometidos por algunos actores económicos, que será preciso sancionar; estamos confrontados a una lógica que atraviesa toda la historia económica de los dos últimos siglos. Crisis en regulaciones, desregulaciones en crisis, el desarrollo de los hechos responde siempre a la presión de las tasas de beneficio: cuando están en alza, se desregula,

* Traducción de la Ponencia presentada en el *Panel sobre la Crisis Financiera* de la Asamblea General de las Naciones Unidas, 31 octubre 2008. El texto se encuentra en el sitio virtual UPS de la Cátedra *Universidad y Desarrollo*.

1 Fundador del Centro Tricontinental, Director ejecutivo Doro Social Alternativo.

cuando está a la baja se regula, pero siempre a favor de la acumulación del capital, ella misma definida como el motor del crecimiento. Lo que se ha presenciado recientemente no es nuevo. No es la primera crisis del sistema financiero y muchos dicen que no será la última.

Sin embargo, el globo financiero creado en el transcurso de los últimos decenios, entre otros, el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y de las comunicaciones, todo ello ha sobredimensionado todos los componentes del problema. La economía se ha vuelto cada vez más virtual y las diferencias de las ganancias han explotado. Para acelerar las tasas de beneficios, una arquitectura compleja de productos derivados fue puesta en práctica y la especulación se instaló como un modo operatorio del sistema económico. Sin embargo, lo nuevo fue la convergencia lógica entre las desregulaciones que hoy conoce la situación mundial.

La crisis alimentaria es un ejemplo de ello. El aumento de los precios no fue en primer lugar el fruto de una menor producción, sino más bien el resultado combinado de la disminución de las reservas, de maniobras especulativas y de la extensión de la producción de agrocarburos. La vida de las personas

humanas, por consiguiente, ha sido sometida a la obtención de beneficios. Las cifras de la bolsa de Chicago son una buena ilustración.

La crisis energética va más allá de la explosión coyuntural de los precios del petróleo. Marca el fin del ciclo de la energía fósil barata (petróleo y gas), cuyo mantenimiento a precios inferiores provoca una utilización irresponsable de la energía, favorable a un modo de crecimiento acelerado, que permite una rápida acumulación del capital a corto y mediano plazo. La sobre-explotación de los recursos naturales y la liberalización de los intercambios, sobre todo desde los años 1970, multiplicó el transporte de mercancías y promovió los medios de desplazamiento individuales, sin consideración de las consecuencias climáticas y sociales. La utilización de derivados del petróleo como fertilizantes y pesticidas se generalizó en una agricultura productivista. El modo de vida de las clases sociales superiores y medias se construyó sobre el derroche energético. También en este ámbito el valor de cambio se sobrepone al valor de uso.

Hoy esta crisis amenaza con perjudicar gravemente la acumulación del capital, se descubre la urgencia de encontrar soluciones. Sin embargo, en una tal perspectiva deben respetar la lógica de base: mantener el nivel de

las tasas de beneficios, sin tomar en cuenta las externalidades, es decir lo que no entra en el cálculo contable del capital, y cuyo costo de ser soportado por las colectividades o los individuos. Tal es el caso de los agrocarburos y sus consecuencias ecológicas: destrucción por los monocultivos de la biodiversidad, de los suelos y de las aguas subterráneas; y sus consecuencias sociales: expulsión de millones de campesinos, que irán a poblar los suburbios y agravar la presión migratoria.

La crisis climática, de cuya gravedad la opinión pública mundial todavía no ha tomado plena conciencia, es según los expertos del GIEC (Grupo Internacional de los Expertos del Clima) resultado de la actividad humana. Nicolas Stern, antiguo colaborador del Banco Mundial, no duda al decir que *“los cambios climáticos son el mayor fracaso de la historia de la economía de mercado”*. En efecto, también aquí como en las crisis precedentes, la lógica del capital no conoce las “externalidades”, salvo cuando comienzan a reducir las tasas de beneficio.

La era neoliberal que hizo crecer dichas tasas de beneficio, coincide igualmente con una aceleración de las emisiones de gas con efecto invernadero y calentamiento climático. El

crecimiento de la utilización de materias primas y de los transportes, así como la desregulación de las medidas de protección de la naturaleza, aumentaron las devastaciones climáticas y disminuyeron las capacidades de regeneración de la naturaleza. Si no se hace nada en un futuro próximo, de 20% a 30% de todas las especies vivas podrían desaparecer en un cuarto de siglo. El nivel de acidez de los mares aumentará peligrosamente y se podrían estimar entre 150 y 200 millones de refugiados climáticos desde la mitad del siglo XXI.

Es en este contexto que se sitúa la crisis social. Desarrollar espectacularmente 20% de la población mundial, capaz de consumir bienes y servicios de alto valor añadido, es más interesante para la acumulación privada a corto y mediano plazo que responder a las necesidades de base de aquellos que no tienen más que un poder de compra reducido o nulo. En efecto, incapaces de producir valor añadido y no teniendo más que una débil capacidad de consumo, no son más que una multitud inútil, o todo lo más susceptibles de ser objeto de políticas asistenciales. El fenómeno se ha acentuado con el predominio del capital financiero. Una vez más la lógica de la acumulación prevalece sobre las necesidades de los seres humanos.

Todo este conjunto de disfuncionamientos desemboca en una verdadera crisis de civilización, caracterizada por el riesgo de un agotamiento del planeta y una extinción de los seres vivos, lo que significa una efectiva crisis de sentido. ¿Entonces qué, simples regulaciones? Ciertamente, si constituyen las etapas de una transformación radical y permiten una salida de la crisis, que no sea la guerra; no, si las regulaciones no hacen más que prolongar una lógica destructora de la vida. Una humanidad que renuncia a la razón y abandona la ética, pierde el derecho a la existencia.

Una convicción

Ciertamente el lenguaje apocalíptico no es portador de acción. Por el contrario, una constatación de la realidad puede conducir a reaccionar. La búsqueda y la puesta en práctica de alternativas son posibles, pero no sin condiciones. Ellas suponen en primer lugar, una visión a largo plazo, la utopía necesaria; después, medidas concretas escalonadas en el tiempo y en fin actores sociales portadores de proyectos, en el seno de un combate cuya duración será proporcional a las resistencias al cambio.

La visión a largo plazo puede articularse alrededor de algunos ejes principales. En primer lugar, un uso

renovable y racional de los recursos naturales, lo que supone otra filosofía en la relación con la naturaleza: no más explotación sin límite de una materia, sobre todo cuando es objeto de beneficios, sino el respeto de lo que forma el origen de la vida. Las sociedades del socialismo llamado real apenas habían innovado algo en este campo.

En segundo lugar, privilegiar el valor de uso sobre el valor de cambio, lo que significa una definición muy diferente de la economía: no más producción de valor agregado, fuente de acumulación privada, sino la actividad que asegure las bases de la vida material, cultural y espiritual de todos los seres humanos a través del mundo. Las consecuencias lógicas de ello serán considerables. A partir de este momento, el mercado sirve de regulador entre la oferta y la demanda en lugar de aumentar las tasas de destrucción de la biodiversidad y de la atmósfera, son combatidos al tomarse en cuenta las “externalidades” ecológicas y sociales. Las prioridades en la producción de bienes y de servicios cambian de lógica.

Un tercer eje está constituido por una generalización de la democracia, no sólo aplicada al sector político, por una democracia participativa, sino también en el seno del sistema económico, en todas las instituciones

y entre los hombres y las mujeres. Una concepción participativa del Estado se desprende necesariamente, de la misma manera que una reivindicación de los derechos humanos en todas sus dimensiones, individuales y colectivas. La subjetividad renuncia su lugar.

En fin, el principio de la multiculturalidad los otros tres. Se trata de permitir a todos los saberes, incluso tradicionales, de participar en la construcción de las alternativas; a todas las filosofías y culturas, quebrando el monopolio de la occidentalización; a todas las fuerzas morales y espirituales capaces de promover la ética necesaria. Entre las religiones, la sabiduría del induismo en su relación a la naturaleza, la compasión del budismo en las relaciones humanas, la sed de justicia en la corriente profética del islam, las fuerzas emancipadoras de una teología de la liberación en el cristianismo, el respeto de las fuentes de la vida en el concepto de la madre-tierra de los pueblos autóctonos de América latina, el sentido de la solidaridad expresado en las religiones de África, son todos estos aportes importantes en el marco evidente de una tolerancia mutua garantizada por la imparcialidad de la sociedad política.

¡Nada más que utopías! Sin embargo el mundo necesita utopías,

a condición de que se traduzcan en la práctica. Cada uno de los principios evocados es susceptible de aplicaciones concretas, que ya han sido objeto de propuestas de parte de numerosos movimientos sociales y de organizaciones políticas. La nueva relación con la naturaleza significa entre otras cosas, la recuperación por parte de los Estados de la soberanía sobre los recursos naturales y su no apropiación privada; terminar con los monocultivos y la revaloración de la agricultura campesina, la ratificación y la profundización de las medidas de Kyoto y de Bali sobre el clima.

Privilegiar el valor de uso comporta la no-mercantilización de los elementos indispensables para la vida: las semillas, el agua, la salud, la educación; el restablecimiento de los servicios públicos: la abolición de los paraísos fiscales; la supresión del secreto bancario; la anulación de las deudas odiosas de los Estados del Sur; el establecimiento de alianzas regionales sobre la base no de competitividad sino de complementariedad y de solidaridad; la creación de monedas regionales, el establecimiento de multipolaridades y muchas otras medidas más. La crisis financiera constituye la ocasión única para aplicar todas estas medidas.

Democratizar las sociedades pasa por la organización de la participa-

ción local, incluyendo la gestión de materias económicas, hasta llegar a la reforma de las Naciones Unidas. La multiplicidad se expresa por la abolición de las patentes sobre el saber, por la liberación de la ciencia del control de los poderes económicos, por la supresión de los monopolios de la información, por el establecimiento de la libertad religiosa.

¿Pero quién conducirá este proyecto? Hay que reconocer que el genio del capitalismo consiste en transformar sus propias contradicciones en oportunidades. *How global warming can make you wealthy?*, (¿Cómo el calentamiento terrestre puede enriqueceros?) podía leerse en una publicidad de *US Today* a principios del año 2007. ¿Podría el capitalismo llegar a renuncias a sus propios principios? Evidentemente no. Sólo un nueva relación de poder lo lograría; lo que no excluye la adhesión de algunos actores económicos contemporáneos. Pero una cosa es clara: el nuevo actor histórico capaz de con-

ducir proyectos alternativos es hoy plural. Son los obreros, campesinos sin tierra, los pobres de las ciudades, los militantes ecologistas, los migrantes, los intelectuales vinculados a los movimientos sociales. Su conciencia de actor olectivo comienza a emerger. La convergencia de sus organizaciones está comenzando y carece todavía de relevos políticos. Algunos Estados, particularmente en América Latina, han creado las condiciones para que las alternativas aparezcan. La duración y la intensidad de las luchas de estos actores sociales dependerán de la rigidez del sistema instalado y de las intransigencias de sus protagonistas.

Ofrecedles, pues, en el seno de la Organización de las Naciones Unidas un espacio para que puedan expresarse y presentar sus alternativas. Esta será vuestra contribución para revertir el curso de la historia, indispensable para que el género humano encuentre un espacio de vida y pueda reconstruir la esperanza.